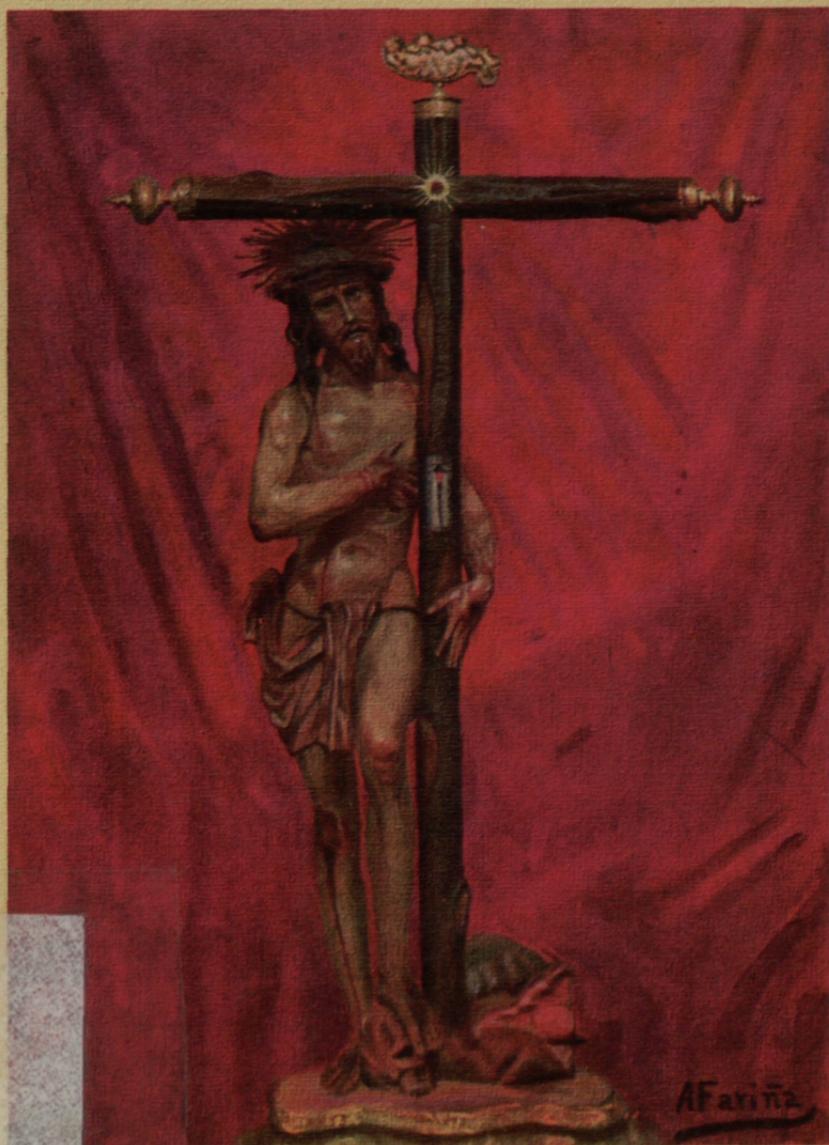


Emeterio Gutiérrez Albelo



Cristo de Tacoronte

POEMAS

tercera edición

Emeterio Gutiérrez Albelo (Icod de los Vinos, Tenerife, 1905 - Santa Cruz de Tenerife, 1969).

En su ciudad natal, donde transcurre su infancia y juventud, escribe sus primeros poemas de inspiración modernista a partir de 1920. Estudia bachillerato y magisterio, y dedica su vida a la enseñanza. Contrae matrimonio en 1936, vive varios años en Icod y en Tacoronte, y fija por último su residencia en Vistabella (Santa Cruz de Tenerife).

Interviene activamente en manifestaciones culturales de la isla: participa en fiestas de arte y en juegos florales —en los que obtiene numerosos premios—, publica poemas en revistas y periódicos, y da numerosos recitales y conferencias. Esta intensa actividad hace de él —como dijera Luis Álvarez Cruz— “un poeta popular, en el más noble y alto sentido de la palabra”. Mantiene relaciones muy cordiales con diversos poetas españoles, de los que recibe los mejores elogios. Funda en 1953 la revista de poesía *Gánigo*, y la dirige hasta su muerte.

La musa de nuestro poeta se incorporó a todos los rumbos líricos del presente siglo; o, dicho con palabras de Domingo Pérez Minik, “su obra poética alcanza todas las formas y variantes, cultivando las estrofas y metros más clásicos, y también los más libres de la poesía contemporánea”. No obstante -añade Pérez Minik- “no es difícil encontrar una unidad. Efectivamente, el poeta no ha hecho otra cosa que transmutar en poesía vivencias y accidentes temporales, de la mayor importancia para su personal *fluir* y su necesario permanecer”.

El ya citado Luis Álvarez Cruz, gran amigo del poeta icodense, nos dejó de él esta semblanza: “...La obra de este hombre que fue Emeterio Gutiérrez Albelo -impenitente caminante de todos los caminos de la expresión poética- quedará como un testimonio de una postura ante la vida, de una manera de entender la vida, de una manera de vivir la vida”.



CRISTO DE TACORONTE

(1941-42)

*A LA MEMORIA DE MI HERMANA
MERCEDES*

LIBRO	198.750
N.º Copia	198.754



SERVICIO DE PUBLICACIONES
DE LA CAJA GENERAL DE AHORROS
DE CANARIAS

Número: 183

Poesía: 29



AYUNTAMIENTO DE TACORONTE



CABILDO DE TENERIFE
CONSEJERIA DE CULTURA

Motivos cubierta:

Portada: "Cristo de Tacoronte"

Contraportada: "Iglesia del Cristo de Tacoronte"

Obras del pintor Alvaro Fariña Álvarez

ISBN: 84-7985-037-X

Depósito Legal: M. 24.755-1995

Fotomecánica: LOGOMECANICA, S.L.

Santa Clara, 1 - 1.º

38001 SANTA CRUZ DE TENERIFE

Impresión: **ARTEGRAF, S.A.**

Sebastián Gómez, 5

28026 MADRID

E. GUTIÉRREZ ALBELO

CRISTO DE
TACORONTE
POEMAS

(TERCERA EDICIÓN)

Ayuntamiento de Tacoronte
Cabildo Insular de Tenerife
Caja General de Ahorros de Canarias



E. Gutiérrez Albelo

NOTA PRELIMINAR

A LA TERCERA EDICIÓN

SE cumplieron el pasado año 1994 veinticinco años de la muerte del poeta Emeterio Gutiérrez Albelo y cincuenta años de la aparición de la primera edición de su libro *Cristo de Tacoronte*. Con este doble motivo, el Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad de Tacoronte, en colaboración con el Excmo. Cabildo Insular de Tenerife y la Caja General de Ahorros de Canarias, ha decidido rendir un homenaje a la memoria del ilustre poeta publicando esta tercera edición de la obra que fue, en 1944, el primer libro incluido por el Instituto de Estudios Canarios en su “Colección Retama”, dedicada a la publicación de originales inéditos, en prosa o en verso, de escritores regionales o de tema local.

El ilustre escritor isleño Andrés de Lorenzo-Cáceres (1912-1990), en la nota preliminar a la primera edición, decía que este libro “exalta al Cristo de Tacoronte que, al pie de su propia Cruz, bendice uno de los panoramas más hermosos de Tenerife y del ancho mundo: el campo feraz, de ubérrimos plantíos y arboledas frondosas, donde las luces y los colores se conjugan con inefables aromas: la rosa mayera y el mosto septembrino; las yerbas invernales y las doradas gavillas del estío”.

“Su autor -añade-, el poeta tinerfeño Emeterio Gutiérrez Albelo, ha llevado su corazón hasta este divino Crucificado, como la más segura fuente de inspiración y de vida, para retirarlo luego lleno de sangre renovada y de renacida gracia”.

Tres años después, en 1947, aparece una segunda edición de esta obra singular “con ligeras modificaciones, que acrecen la perfección de un texto acabado”; y ahora tenemos la satisfacción de ofrecer esta tercera edición, que queremos que vaya

precedida de un artículo del poeta Félix Casanova de Ayala (1915-1990), publicado en octubre de 1962 e incluido en su libro *Resumen de una experiencia poética*, aparecido en 1976.

Leamos, pues, este logrado estudio sobre *Cristo de Tacoronte*, y luego, como dice el citado Andrés de Lorenzo-Cáceres, “dejemos de una vez hablar al henchido corazón del poeta en el armonioso lenguaje de sus versos”.

MIGUEL MELIÁN GARCÍA.



GLOSA DE UN LIBRO QUE NO ENVEJECE

Van para veinte años que se publicó la primera edición de este libro señero de Gutiérrez Albelo, *Cristo de Tacoronte*, auspiciada por el Instituto de Estudios Canarios en 1944. Tres años después fue lanzada por la misma docta entidad una segunda edición de mil ejemplares numerados, cifra casi astronómica en una tirada poética y reveladora del rápido éxito público de la obra. El éxito crítico corrió con él; pero no vamos a detenernos sobre esto.

Mucho y muy vario ha llovido desde entonces sobre el agro poético español, tan fértil en todos sus meridianos. Tormentas y riadas han cambiado totalmente el panorama, durante esas casi dos décadas, en la que se ha venido llamando nuestra poesía de posguerra. Poesía de transición, en constante metamorfosis, la de este lapso sin precedente en nuestra rica historia lírica. A lo largo de él pudimos asistir al orto y al ocaso de infinitas “tendencias” cuya enumeración resultaría ímprobo resumir; bástenos citar, como ejemplo, las más destacadas: “neogarcilasismo”, “postismo”, poesía “social”, los “novísimos”... Hoy las aguas vuelven a sus cauces, se serenar los espíritus, presentimos un “renacimiento”.

Por eso, al releer, al cabo de los años, el libro de Gutiérrez Albelo, nos asalta esa emoción de lo intuitivo, de lo salvaguardado. Porque su poesía era ya la que, después de tantas mudanzas y escauceos, ha venido a quedar vigente, tras lógica y necesaria evolución. En ella estaban, de nuevo, los temas esenciales y la forma coloquial; el paisaje vernáculo y su tipología humana; el alma fervorosa de sus campos y aldeas; toda una vida regional latiendo monocorde...

Llueve.
Sobre el ardiente suelo.
Sobre el parral
ya seco.
Sobre el vecino
limonero.
Sobre el naranjo
verdinegro.
Sobre las coles
de los huertos...

El otoño inicial, con la llovizna mansa y el despertar religioso de su ancestral devoción a Cristo, atempera el clima siempre joven de esta obra transcendental dentro de la lírica genuinamente tinerfeña y, por autonomasia, canaria. *Trigales / y viñedos. / Tierras / de Sacramento...*, reza el poeta. Aquí, el Cristo litúrgico se funde paganamente con el dionisiaco dios de la vendimia; coinciden sus fechas y sus fiestas, simultaneadas en típicos festejos populares; mientras los trigales en sazón anticipan ya la Sagrada Forma. Un vaho a mosto recién elaborado trasciende de los pies de los romeros y un panteísmo sosegado, una expectante maravilla, una pausa, tal vez de siglos, va invadiendo poblados y cultivos, hasta detonar, apocalíptico, en la más impresionante eclosión de fuegos de artificio. Todo el cielo es ahora otra lluvia, torrencial y atronadora, de luz multicolor, y el olor a pólvora impregna los más apartados lugares.

El poeta va condensándolo todo en su verso breve y cortado, monocorde, tan sutil como otra llovizna que nos penetra y cala hasta los huesos, haciéndonos permeables a su prístina fuente ...

Llueves Tú mismo, llueves Tú, Señor,
y tu alto aguacero,

*aguacero de estrellas, me disuelve
la costra dura de este barro viejo...
Llueves, y el corazón,
a tu celeste riego,
inagotable y manso, se me esponja
como un cogollo tierno.
Llueves y los zarcillos
verdes de mis sarmientos
se agrandan y se enroscan
al rodrigón de tu madero...*

Poesía canaria, de autor tinerfeño y temática arraigadamente insular; libro vernáculo de raíz a fronda, de subsuelo a atmósfera. ¡Qué hermosa hegemonía y qué raramente alcanzada por ninguno de nuestros líricos! Tal vez el canario haya sido el poeta que más foráneamente ha solido cantar. Su lira ha sido siempre cósmica, universal; todo lo más, atlántica; se parece en esto al poeta hispanoamericano. Llevado de su espíritu migratorio, de su textura predominantemente marítima; oreado secularmente por los más extraños vientos cosmopolitas y en contacto con la pulsación universal —pese a su cacareado aislamiento—, el isleño sólo ha sentido desbordarse su insospechado amor al “terruño” desde las lejanías del exilio o la emigración. Pero aquí el poeta se anticipa a este sentimiento, superándolo, cuando dice:

*Si algún día tuviera
que extrañarme de ti, campo fraterno;
por ese puente azul de la nostalgia
volaría a tu amor como un chicuelo.*

Si a una obra lírica hay que juzgarla, en principio, en función del momento histórico-literario en el cual se produce —es decir, desde su circunstancia exterior— no cabe duda de que existe

una deuda pendiente con este libro, injustamente preterido dentro de la obra de su autor. A Gutiérrez Albelo hay que rendirle justicia, en lo que a su *Cristo de Tacoronte* se refiere, haciendo prevalecer —nosotros, sus hermanos de islas— esta primacía de una voz limpiamente isleña en la gran lira española de nuestro tiempo. *Cristo de Tacoronte* encierra, además, el más rico romancero íntegramente tinerfeño de que podemos ufanarnos; ni uno solo de sus cuarenta poemas deja de inspirarse en la isla natal y, más circunscritamente, en el pueblo y vega de Tacoronte. Su cita inexcusable —cuando no su exaltación— jamás debería faltar en las fechas aniversarias de su Cristo, en el mes de septiembre... Mientras campos y aldeas, recién carismados por el fervor divino, van tornando mansamente a su rutinario trajín habitual... ¡Porque allá, desde el fondo de los hogares campesinos, sobre el rastrojo esperanzado de los cultivos, en las almas sencillas y buenas de sus labriegos y mozas, perdura —¡yo la estoy viendo!— una sonrisa de bienaventuranza, de infinito amor al poeta que tan fervorosamente supo interpretarlos e inmortalizarlos!...

*Chozas de la campiña,
con sus rostros risueños,
sus blancos delantales,
sus pajizos sombreros...*

FÉLIX CASANOVA DE AYALA.

PRÓLOGO EN TRES TIEMPOS

SOLO

NADIE

me comprendió

Ni los que traían el color gastado

ni los que traían el nuevo color.

Ni los que traían la sonata nueva,

ni los que traían el himno antañón.

Y al fin me quedé solo,

solo con mi canción.

Con mi canción desnuda:

la que me diste Tú, Señor.



La Vid estaba cantando ...

LA VID ESTABA CANTANDO

LA Vid estaba cantando
enfrente del mar latino.

Por el reír de los prados,
de los montes y los ríos,
coros de ninfas danzaban
bajo una lluvia de mirtos.
Y arriba en el hondo cielo
—como un cáliz invertido—
rodaban uvas de luz,
pitagóricos racimos.

La Vid estaba cantando
enfrente del mar latino.

La Vid estaba cantando
el triunfo de Dionisos.
El corazón de la tierra
era un volcán exprimido,
y entre sus lávicas mieles
crepitaba el mundo antiguo.
En una ronda incesante
de frenéticos delirios.
En torno a la Vid, espléndida,
coronada de racimos.

Y el Dolor? Dónde latía,
como un áspid, escondido?
Ay, que la Vid, bajo el viento,
su alegre traje deshizo.
Y desnuda, sobre el campo
súbitamente aterido,
en crispaciones agónicas
de sarmientos retorcidos,
se desangraba en las ondas
amargas del mar latino.

Ya se ha callado, de pronto,
el confuso griterío.
Y se hace un hondo silencio,
presagio de altos designios.
Una luz por el Oriente
de súbito ha aparecido.
Una Cruz se abre en el Monte
y en sus brazos infinitos
recoge el dolor del mundo
y el triunfo del Espíritu.
Y la Vid, novia ganada
para esponsales divinos,
ya se alza hacia los cielos
del inmortal Sacrificio.
Y aquel oleaje ardiente,
satánico de Dionisos,
de repente, se trasmuta
en sangre eterna de Cristo.

ROMANCE DE LA NOCHEBUENA DEL ALMA

OH Nochebuena del alma,
renacimiento de amor.
Las flautas y los rabeles,
con su más dulce canción,
como nunca me sonaron,
de nuevo me suenan hoy.
El recental de mi verso
bala cual nunca baló.
La estrella brilla en mi alma
con un nuevo resplandor..
Y es que Jesús ha nacido
de nuevo en mi corazón.

Oh qué alegre está mi casa,
mi pobre establo interior.
Cómo relucen sus muros,
mampostería de amor.
Grietas horribles que había
un ángel las taponó.
Con cal de misericordia
y arena de salvación.
Como un fruto luminoso
se abre el hondo caserón.
Y ríe y ríe lo mismo

que si lo habitara el Sol.
Y es que Jesús ha nacido
de nuevo en mi corazón.

Ay, se encontraba tan pobre
y tan triste mi mansión...
Al polvo, al frío y al viento,
un fatal día se abrió.
Penetraron los chacales
en tropel aullador.
Me desgarraron la carne
y el alma, en festín atroz.
Y yo me quedé vacío,
sin cuerda, sin luz, sin voz.
Sin la Brújula Divina
que hube en mi corazón.

Oh qué indigno soy, Dios mío,
Dios mío, qué indigno soy
de que otra vez me ilumines
con tu supremo fulgor,
de que vuelvas a llenar
mi hueca desolación.
Sin un gesto de reproche,
sin un rictus de amargor.
Con la sonrisa más dulce,
con la sonrisa de Dios,
de Dios que ha vuelto a nacer
dentro de mi corazón.

Mis labios sucios de vinos
esposos de perdición.
Mis labios —limpios de lodo—
de nuevo a loarte son.
Mis ojos que perseguían
una obscura tentación,
mis ojos —en luz bañados—
de nuevo, fijo en Ti hoy.
Mis manos que acariciaban
las urnas de la pasión,
mis manos —juntas— se afilan
implorando tu perdón...
Mi frente que descansaba
en un febril nubarrón,
en tu almohada de estrellas
busca el eterno frescor.
Y siento un inusitado
deslumbramiento interior,
una llamarada azul,
un soplo arrebatador...
Y es que Tú has vuelto a nacer
dentro de mi corazón.

CRISTO DE TACORONTE



Oh, Cristo de Tacoronte ...

PLEGARIA

OH Cristo de Tacoronte,
desclavado del madero,
que estás clavando tus ojos
en los míos, tan adentro.
Oh Cristo de Tacoronte
que hoy alumbras mi sendero;
faro de eternas verdades
sobre mis mares inciertos.
Todo llagado, a tus plantas
con humildad me prosterno;
implorando tu perdón,
tu bálsamo y tu consuelo.
Cómo quisiera fundirme,
deshacerme, todo entero,
en los brazos luminosos
de tu sagrado madero.
Dame sus ríos lustrales,
sus meridianos de fuego.
Para borrar mis pecados
y para fundir mis hielos.
Oh Cristo de Tacoronte,
abrazado a tu tormento,
que hacia nosotros avanzas
como un celeste guerrero.

Cristo que esgrimes tu Cruz
como si fuera un acero.
Dame tu espada de estrellas,
dame tu espada de fuego.
Para matar las serpientes
que se enroscan a mi cuerpo.
Dame tu espada de luz,
dame tu espada de fuego.
Para rasgar las tinieblas
que ennegrecen mi sendero.
Dame tu espada de luz,
dame tu espada de fuego.
Y dame, también, el agua
de eternidad de tu pecho.
Que en la mitad de la ruta,
como un cansado romero,
—con sed de Ti, luminosa
y ardiente—, me estoy muriendo,
oh Cristo de Tacoronte,
abrazado a tu madero.

YO VENIA DE LEJOS

YO venía de lejos,
oh, Señor,
de muy lejos;
de las ciudades
del embrujamiento.
Donde hay vinos que encienden nuestra sangre
con las antorchas del Infierno.
De la Babel
del pensamiento.
De las profundas simas de lo informe,
de los horribles círculos dantescos.
De tan
 lejos
que todo
me ha parecido un sueño.
Ahora que me acoges
sin un reproche ni un lamento,
y me tiendes la mano
como a un amigo viejo...
Como un amigo a quien
creíamos ya muerto,
y, que, perdido, solamente,
por tenebrosos dédalos,
nos inunda de pronto con la alegre

sorpresa del regreso.
Ay, como el Hijo Pródigo,
que vuelve al nido del calor paterno.

VARIACIONES SOBRE EL MISMO TEMA

1)

YO venía, Señor,
de un paisaje pardusco, ceniciento.
Un paisaje de sombras
como un eco,
doliente, funeral,
de otro paisaje interno...
Y he aquí, que, de pronto,
sobre este campo abierto
—este campo de luces no cantadas
y colores inéditos—,
mi espíritu se clava
igual que un árbol recio.
De hondas raíces y robusto tronco,
de ramas rebosantes de jilgueros...,
como brazos de amor que abren su copa
—cáliz de eternidad— hacia los cielos.

2)

Yo venía, Señor,
de un opaco paisaje ceniciento.
El paisaje real

y verdadero,
y el paisaje
quimérico.
(El teatro de afuera,
el trasmundo de adentro.)
Mis ojos se ocultaban
en un jaulón de oscuros espejuelos.
Pero ahora se agrandan
igual que soles nuevos.
Y un raudal de celestes claridades
me penetra por ellos.
Por esta luz, Señor, que has derramado
sobre este campo tierno;
por esta luz —escala de Jacob—,
voy hacia Ti, subiendo...

3)

Paisaje
marmontesco.
Verdor
—verdor eterno—
entre el azul marino
y el etéreo.
Alfombra de esperanzas
entre la lucha y el sosiego.
Equilibrio
perfecto
entre el mar —lo dinámico—
y la quietud —el cielo— ...

4)

Quién conoce, paisaje,
tu color verdadero?
Tus luces, tus cambiantes?
Tu resplandor, tus fuegos?

Solamente nosotros,
tú y yo, los dos sabemos
tu espiritual resorte,
tu voz de encantamiento.
Tú que me estabas esperando,
y yo a ti, sin saberlo,
desde hace
tanto tiempo.
Tú y yo, los dos solos;
los dos, que conocemos
este único abrazo, indisoluble,
y la ansiedad remota del encuentro.

Campo cambiante y único,
sentimental e ingenuo,
que aguardabas —ha siglos— esta lluvia
sonora de mis versos.

5)

Paisaje de colores,
paleta de embeleso.

Tú que amasas tus óleos, Fariña,
en la artesa del Sol, con bríos nuevos;
traslada, chorreante,
esta embriaguez cromática, a tus lienzos.
Que yo he anotado ya su gracia oculta,
su lumbre espiritual, en mi cuaderno.

6)

He de contraer mis nupcias
contigo, tierra de ensueño.
En una noche que luzcas
un jubón de terciopelo,
una basquiña de raso
y estelares aderezos.
Con un llover de azahares
la Luna te irá cubriendo,
y unos astrales anillos
brillarán sobre tus dedos.
Se han de celebrar las bodas
en la Ermita del silencio.
Sin más testigos que el mar,
sin más padrino que el cielo..
Y el Señor, desde la altura,
nos estará bendiciendo.

7)

Tú eres mi novia, tierra;

la que ciñes tu cuerpo
con tules de trigales
y encajes de viñedos.
Tú eres mi novia, tierra.
Cada día te quiero
con un amor más hondo,
más firme y duradero.
No, por tu risa clara;
ni, tu florido seno.
Sólo porque, al tocarte,
recobro, como Anteo,
mi espiritual resorte,
mi equilibrado vuelo.
Tú eres mi novia, tierra;
la del amor perfecto.

8)

Cada golpe en tu carne
que te asesta el labriego
es un azadonazo,
también, sobre mi pecho.

9)

Es una mutua entrega,
y en un latir gemelo,
mi corazón y el tuyo
se lanzan al encuentro.

10)

Tú eres mi novia, tierra.
Con qué ansiedad, presiento,
en este amor de ahora,
mi póstumo himeneo.
Cuando los dos, un día,
seamos sólo un cuerpo!

11)

Tu barro estalla en flores,
y mi espíritu en versos.
Tú me das la belleza,
y yo a ti, el sentimiento.

AY CÓMO CAEN

AY cómo caen las campanas
en las lagunas del silencio.
Cómo desgranan en el aire limpio
sus loores y rezos.
Cómo deshojan su rosal de bronce
sobre la paz del pueblo.
Oh Señor y Dios mío
que me estás sacudiendo
igual que una campana
con tu badajo de luceros...
Oh Señor,
yo deseo
ser en mi vida, solamente,
eso:
una campana humilde...
Y estar por Ti latiendo
—perennemente, oh Cristo—, debajo de la otra,
infinita y azul, campana de los cielos.



La verde sinfonía ...

LA VERDE SINFONÍA

A Pedro Domínguez

TÚ eres quien ordena,
celestes Batutero,
la verde sinfonía
de estos campos risueños.
Que en el tupido yerbazal
y en los trigales y viñedos
—con un “largo” de gloria—,
está ahora ascendiendo
desde la cumbre al monte,
desde el llano al otero.

La verde sinfonía
que borda un “pizzicato” en los helechos;
que cuaja en las ñameras goteantes
un mercurial remedio;
que cubre con piedad
el esqueleto
marino de la cónica araucaria;
que decora el zig-zag de los senderos;
que en las piteras rígidas
aguza sus puñales azulencos;
que en las higueras se retuerce en hieles
de trágicos recuerdos;

que rompe su vestido en los zarzales
y se geometriza en los canteros.

La sinfonía verde
que abraza en un “crescendo”
los fuertes eucaliptus
de olorosos cabellos;
y en el pinar
espeso,
suspira largamente, con un soplo
de vaguedad y de misterio...

La verde sinfonía
que estalla en un “allegro”
de mil pelotas de esmeralda
en los naranjos y en los limoneros;
y agita, locamente, en los nopales,
su ovalado pandero;
y enciende el surtidor de las palmeras
y en los cañaverales se hace flecos;
y palpita en las coles como estrellas
de corazones tiernos...

Tú que eres, Señor,
el Batutero
que ordena este sinfónico latido
con sus harpas, violines y salterios...;
Tú, el Músico
Supremo



Cañaverales de Aguagarcía ...

CAÑAVERALES DE AGUAGARCÍA

A Cristóbal Castro

CAÑAVERALES de Aguagarcía,
cañaverales que pulsa el Viento.
Rítmicos tubos,
varas con flecos,
ágiles varas en donde ondean
las banderolas de los recuerdos...

Arquitectura de la nostalgia,
leve astillero
de mis cometas que navegaban
hacia los cielos.
Hípica fiesta
para mis juegos,
corceles
 bélicos,
Pegasos líricos
y Clavileños...
Carne melódica
con la que ufano fabriqué, luego,
—siete carrizos—
un instrumento
que desangraba sobre el crepúsculo
las amarguras de un mundo viejo...

Cañaverales de Aguagarcía,
cañaverales que pulsa el Viento.

...Con vuestras varas
levanté el palio de mis ensueños.
Cañas lustrosas que ahora me sirven
como punteros
sobre los mapas coloreados
por donde viaja mi pensamiento.

Cómo os adoro, rítmicos tubos,
más que por eso
(por haber sido
cometa, potro, flauta o puntero
de viejas horas
y días nuevos),
más que por eso,
porque servísteis a la humildad
y a la paciencia de frágil cetno,
entre las manos amoratadas
del Nazareno.

Cañaverales de mis amores.
Junto a vosotros brotan mis versos
(cañaverales locos del alma que se me afilan
igual que lanzas hacia los cielos...)

Cañaverales de Tacoronte.
Cañaverales que pulsa el Viento ...

ya tan lejos
de la Luz,
de la Verdad y el Sendero,
Camino,
Camino Nuevo,
que conduces a la Iglesia
y, también, al Cementerio.

Oh, con qué dulce emoción
tus finas arenas huella,
paraje de los idilios,
que estás, ahora, acogiendo
el de Jesús y mi alma,
en un ardiente renuevo...
Cómo te ando y desando,
cómo te enrolla en mi pecho.
A ti, que —tal vez—, un día,
serás mi último paseo,
Camino,
Camino Nuevo,
que conduces a la Iglesia,
y —también—, al Cementerio.

MOTIVOS DE LA NIEBLA

TÚ estabas, oh Señor,
en la esperanza de este verde intenso.
Mas, de pronto, la niebla
lo borró todo, con su blanco eco.
La niebla tibia y baja,
algodón de silencio.

Un son de esquilas, unas voces rotas
se apagan, cerca o lejos...

La flecha de un cantar
se dobla opaca sobre el blanco lienzo.

(Otra vez, onda informe,
te cortas en las cuerdas de mis nervios;
corres por mis arterias,
te filtras en mis huesos)

Todo huye o se pierde
en este sordo, esmerilado océano.

Por tu fondo camino
con un andar de ciego.

Debajo de mis pies, huye la cinta
dorada del sendero.

Unas sirenas blandas
me arrastran al abismo de lo incierto.

—¿En dónde estás, Señor,
Lazarillo inmortal, que no te encuentro?

CALVARIO DE TACORONTE

CALVARIO de Tacoronte,
paraje de encantamiento.
Con tu capilla que tiene
no sé qué oriental aspecto,
oculta bajo la sombra
de tus pinos corpulentos.

Tanto, ahora,
te frecuento,
que en mi alma
ocupas el mejor puesto,
entre todos los remansos
de este pueblo,
Calvario de Tacoronte,
imán de mis pasos nuevos.

Oh la meta cotidiana
de mis tranquilos paseos...

Cómo me atrae tu sombra,
tu soledad, tu silencio,
cuadrilátero de paz,
islote de sentimiento.

Tú ya conoces, Calvario,
los libros que ahora leo,
y los renglones que escribo,
y las plegarias que rezo...
Y yo conozco tu historia,
la que describe tu suelo,
la que me cuentan tus muros,
agrietados por el tiempo;
la que en mi oído susurra
con un católico acento,
el ramaje de tus pinos
corpulentos.

Oh gigantes centenarios
que en mi alma están vertiendo
sus estrofas
—versículos de misterio—
como armonios conmovidos
por el viento.

Ay, cuánto y cuánto me dicen,
como guardianes severos,
como piadosos heraldos,
como cristianos guerreros!
Y sobre todo el más alto,
el paladín del cortejo,
que cual agreste milagro
de universales renuevos,
en una cruz de verdores,

sobre la copa, se ha abierto.

Calvario de Tacoronte,
paraje de encantamiento,
cuadrilátero de paz,
imán de mis pasos nuevos.



Calvario de Tacoronte ...

HOY, COMO NUNCA...

A Antonio Domínguez

DESPUÉS de un rudo y vivo
forcejeo
con unas fuertes y callosas manos
que en solícito afán se me ofrecieron;
con una carga a cuestras
—como cualquier labriego—,
por estas suaves lomas,
he descendido al pueblo.

Unas mozas, al verme,
sonrieron...
Y yo —también—,
sonreí, luego...
que en mis espaldas, nunca
he sentido más peso
que el hatillo liviano
de mis sueños.

En sonreír de flores,
se me abrió todo el cuerpo.

Y en la feliz quejumbre
de músculos y huesos,

sostuvo, conmovido,
el gravitar solemne de lo inédito.

Hoy, como nunca, me he sentido hombre
real y verdadero.

Y ante la ingenua hazaña
de este infantil esfuerzo,
unos ocultos ímpetus
saltaron sus resortes, allá adentro...

Y he exclamado: —Señor:
mis hombros, desde ahora, están dispuestos.
Para subir, igual que Sísifo,
mi pedrusco blasfemo;
para cargar, como un Atlante,
la esfera de mis sufrimientos:
para aliviar los tuyos, desangrados,
lo mismo que Simón, el Cirineo...

TARDE EN EL CEMENTERIO

A Cristóbal Domínguez

CON este amigo
nuevo
que disfraza con risas los nublados
de su paisaje interno;
en esta clara tarde he visitado
la casa de los muertos.

Oh qué alegre es, aquí,
la faz del Cementerio.
Todo el verdor de la campiña irrumpe
por el humilde portalón abierto.
Y entre el verdor, mil flores
abren el arco-iris de sus pétalos.
Hasta un cañaveral está elevando
al azul la sorpresa de sus flecos.
Y un único ciprés
 está luciendo
yo no sé qué sonrisas
con su ropaje verdinegro.

Oh qué alegre es, aquí,
la faz del Cementerio.
Yo que siempre visito estos lugares

no hallo en mi fichero
otro que pueda haber
igual encantamiento.
(Si acaso, aquél, que surge,
en el archivo azul de mis recuerdos;
aquél, tan tropical, con sus palmeras,
y su marino ritornello...)

Toda esta clara tarde,
reveló el pensamiento
en torno a la alegría de la muerte,
(alegre, aunque a la vida tanto amemos)
Sí, la Muerte,
oh mi amigo dilecto,
la Muerte es una novia, la más fiel;
la que nos ama, desde que nacemos...
A su única cita, dónde, y cuándo,
y cómo acudiremos?
para fundir la Eternidad, entonces,
en la chispa de un beso?

Han corrido las horas, dulcemente,
en diálogo fraterno.
Y ahora, el Sol, sobre la mar lejana,
este buen Sol de Abril está asistiendo
a sus propias exequias, con un manto
de cristales de fuego.

Oh la hora solemne

del diario acabamiento.
Las campanas del Ángelus deshojan
sus metálicos pétalos.
Y el alma que se hunde
en la dulzura honda del momento;
el alma, temblorosa,
prende su lamparilla de recuerdos.
Y una oración eleva, quedamente,
que ella también, aquí, tiene sus muertos.

Oh cómo añoro ahora
al camarada exacto de otros tiempos:
aquel cirio
moreno
que se fue
consumiendo
en el altar
del sentimiento,
con su pábilo rítmico
de ensueños.

—En tu islote de mármol, Ismael;
en tu islote postrero...
En tu islote que asaltan
olas de verde intenso...

En tu islote de paz, alguien repite
en esta tarde, tus lejanos versos:
Por el Camino
Nuevo,

*a Santa Catalina
baja un entierro...*

Sí, alma mía, tú tienes
también aquí, tus muertos.
Tú también has plantado
—oh alma mía, sin verlo—
el fragmento rosal de aquella virgen,
la de la blanca tez, la de los ojos negros...;
la que pidió que, envuelta
en el ropaje oscuro del Carmelo,
la dejaran dormir bajo esta tierra
su postrimer, definitivo sueño...

Ha empezado a cantar sobre nosotros
el diamante del Véspero;
y, lentamente, ahora,
de la dulce mansión vamos saliendo.

—Oh mi amigo
fraterno.

Repíteme otra vez
ese cristiano cuento
de Carmita Clavijo, la que apagó su lámpara
bajo el tranquilo llanto de un Enero...
Repíteme otra vez ese romance
del corazón herido y forastero.
Repíteme otra vez ese romance
que yo también deseo

que me entierren, un día,
en este Cementerio,
con la sagrada Imagen
de mi Cristo, en el pecho,
y, en las manos cruzadas, el humilde
rosario de estos versos.

HUNDE EL ARADO DE TU CRUZ

A Francisco Domínguez

EN este pueblo, todos,
todos, en este pueblo,
a la tierra se inclinan
con igualado gesto,
con la misma actitud,
con ademán idéntico...

Todos,
todos, en este pueblo,
sobre el surco se curvan
con un ardiente allegro,
con un filial impulso,
con un hondo respeto...

Y yo también, aquí
—sobre el terrazgo ubérrimo—
y yo también, ¿quién soy, sino el honrado
y humilde labrador de mis ensueños?

Mas, sobre todos, Tú, Señor.
Tú, el Celeste Labriego...

Hunde el arado de tu Cruz, Dios mío,
en mi vivir apelmazado y seco.

Remueve hasta la entraña
mi espiritual terreno.
Y sobre el surco, por tu amor
abierto,
arrójame, Señor, tu inagotable
simiente de luceros.

campo mío del alma,
por adopción tan bueno;
trampolín de mi espíritu,
substancia de mis sueños...

campo mio del alma,
por elotvion tan buena
de un p...
alho...



Ermita de San Jerónimo

ERMITA DE SAN JERÓNIMO

A don Jerónimo Pérez

ERMITA de San Jerónimo,
Patrón de este barrio viejo.
Ermita de San Jerónimo
que luces en el sendero
como una paloma blanca
con tu pico campanero.

Ermita de San Jerónimo
ahora que estás luciendo
una bandera de júbilos
y un vestido de festejos.

Ermita de San Jerónimo
con tu recinto repleto,
en este día, de flores,
de cánticos y de rezos,
mientras elevan sus copas
los árboles del incienso:
ya para siempre soy tuyo
sobre las alas del tiempo;
ya para siempre eres mía,
entre la red de mis versos.
Que al igual que tu Patrono

yo he golpeado mi pecho
más de mil veces con una
piedra de arrepentimiento.
Y a tanto golpe he fundido
otro pedrusco de hielo
que en lugar del corazón
llevé —triste cargamento!—
por la corriente del mundo,
navegando como un muerto.
Ermita de San Jerónimo
que luces en el sendero
como una paloma blanca
con tu pico campanero:
mi corazón está ahora
en tu espadaña, latiendo.

ÁRBOL

SI no fuera poeta, yo quisiera ser árbol—,
dije un día, en mis versos.
(El talón, en
 el suelo;
y la frente,
 en el cielo...)

Y tú sabes —oh campo—
que para ti no he sido sino eso:
árbol.
Árbol atornillado en tu terreno.
Árbol que cada día
va creciendo y creciendo,
con la ambición de que en sus ramas altas,
bajen a hacer su nido los luceros.



Árbol

CARDOS

NO ha de pasar —oh cardos—
un momento
sin que registre en esta hora clara
vuestro agudo secreto.

Faltaba, sí, faltaba vuestro elogio,
amigos que salís hacia mi encuentro,
conmoveramente,
al iniciar mi cotidiano esfuerzo.

Oh yo sé porqué os amo,
yo sé porqué deseo
anotar en mi alma
vuestro dolor ascético,
vuestro sayal hiriente
y vuestro amoratado alfiletero,
cardos,
 cardos fraternos,
acericos dolientes
hasta en la flor de puntiagudos pétalos.

Esa flor tan extraña,
ante la cual mi espíritu, perplejo,
a comprender no acierta —todavía—

el punzante misterio:
si sois tan sólo espinas que florecen
o flores que en espinas se han abierto.
(Quiero aprender vuestra lección, oh cardos;
la que me estáis dictando en el silencio).

JUEVES SANTO

ALABADO sea el Santísimo
Sacramento.

Oh qué imborrable
recuerdo,
noche primera de guardia,
grabaste sobre mi pecho.

Oh guardia del Jueves Santo,
guardia del turno primero.

...Desfallecían los cirios
con agónicos luceros.
Las azucenas quemaban
sus cálidos pebeteros.
Hacia la altura volaban
las palomas del incienso.
Y el órgano
de los rezos
se volcaba
en el hondón del silencio.

Y yo a tus pies, en la guardia
fervorosa del regreso.

Tres veces, Señor, tres veces
mis fuerzas desfallecieron.
Tres veces, Señor, mis sienes
sudaron chorros de hielo.
Y en la postrera me hundía
—sin remedio—,
cuando tu diestra radiosa
se me tendió —como a Pedro—,
y unas altas claridades
por mis ojos irrumpieron.

Tres veces, Señor, tres veces
mis fuerzas desfallecieron.
No fue un sofoco de flores,
de cirios y pebeteros,
sino tres aldabonazos
que descargaste en mi pecho.
Que yo, también, te he negado.
Tres veces, igual que Pedro...,

—Alabado sea el Santísimo
Sacramento...

Oh, qué perenne, qué hondo,
qué cegador centelleo,
noche primera de guardia,
me prendiste al pensamiento.

Quien te vivió no te olvida.
Quien te vive no está muerto.

AY COMO CANTAN

AY cómo cantan

y cantan
las mujeres de este pueblo!
Ahora mismo una moza
desciende por el sendero.
Con un rítmico ondear
en el mástil de su cuerpo.
Con un haz, en la cabeza
—dulce equilibrio—, de brezos.
Con una copla en los labios,
cuatro alas sobre el viento.

La copla vuela y el campo
se queda mudo y suspenso.
Miles de orejas fragantes
con avidez se han abierto.
Y todo el ámbito es
un receptáculo tierno,
un caracol de esperanzas
para la miel de este océano.

En cuatro gomos de gloria
la copla se está partiendo.

La moza sigue agitando
su melodioso pañuelo.
Como una flecha desciende
por las veredas del véspero.
Pasa, volando, en su esquife
—cuadrilátero de versos—;
y entre sus labios, la copla,
mágicamente, está abriendo
cuatro capullos de sol,
cuatro chorros de jilgueros.

La marea musical
sobre el campo va creciendo;
y sus espumas salpican
los más remotos luceros:
ay quién será este canario
que en la copla *sube al cielo,*
cantando, y callan los ángeles,
y sonrío el Padre Eterno...
El campo todo repite
este decir, como un eco.
Y también, el corazón
lo está cantando, en silencio.

TARDE EN EL PRIX...

TARDE en el Prix...

esta rocosa playa
al pie de acantilados gigantescos.
Tarde en el Prix. La Cueva
de las Gaviotas, mirador abierto
como el ojo de un cíclope, en la roca
—sobre las luces del salado juego—
se traga en un profundo
gongorino bostezo,
todo el mar: sus colores,
sus fragancias, sus ecos...

Tarde en el Prix. Una paloma única,
con eminente vuelo
—tan blanca en el azul—, ahora cruza
por la Punta del Viento...

Oh este mar de mi isla, tan amado,
que arrulla el cascarón de mis ensueños.

Sobre la azul movilidad arrojo
las redes de mis versos.

Debajo de mis ojos van pasando

las olas, cual metáforas del tiempo...

Cuán distinto este mar mío, de ahora,
de mis mares pretéritos.

Un coro de sirenas me atraía
en esas horas, a su abismo inmenso.
Los ojos de Rosina eran, entonces,
las cambiantes farolas de mi puerto.
Pero hoy, una luz, única y alta,
ha apagado el inútil parpadeo...

Eres Tú —llama eterna— , Tú que avanzas
ahora por el líquido elemento.
Eres Tú, que me tiendes
tu diestra de fulgores, como a Pedro.
Eres Tú, Señor, que multiplicas
en mis redes, tus áureos reflejos.
Tú que aplacas, Dios mío, las tormentas
—tan oscuras y amargas— de mi océano.

EN ESTA TIBIA NOCHE...

YA declina la tarde, ya se apaga
la fiesta de sus fuegos.
Ya se borran las casas de colores,
ya se esfuminan los curvados cerros.

La Dama de las Sombras
trae prendido al seno
un broche de fulgores:
el diamante del véspero...
Mas, se alarga, felina, sobre el campo,
y se recuesta, lánguida, en el pueblo.
Se abate sobre el mar, desmelenada;
y se estira, fantástica, hacia el cielo...

A este influjo, la vida
entra en su cotidiano desperezo.
Mil confusos rumores desfallecen
arrastrando la cola de sus ecos.
Una copla, nostálgica,
expira, en un lamento...

Las puertas de las casas van cerrándose,
el alma de las flores se está abriendo...
Y el Ángelus palpita

en nuestros destocados pensamientos.

Las tinieblas, pesadas, se derrumban
sobre el paisaje quieto.

Y el corazón, linterna temerosa,
alumbra mi vagar por el sendero.

Todos descansan en la paz del campo,
y acopian fuerzas para el día nuevo.
Tan sólo, yo, camino entre las sombras,
deshojando el rosal del sentimiento...

El corazón, alborozado y mozo,
a una cita de amor está acudiendo.
El corazón —que es novio de la noche—
corre, inflado de júbilo, a su encuentro...

Oh la calma nocturna
y el “sonoro silencio”.
Oh la paz de los campos,
y el cantar inconexo
—nunca oído, enigmático—
que nos recita el Viento...

La Dama de las Sombras
dilata en un “crescendo”
las simas de sus ojos
profundamente negros.
Y tal que un niño errando por el bosque,

—el corazón, que todavía es bueno—
igual que un rruiseñor, quisiera ahora
remontarse, cantando, hacia los cielos.

MOTIVOS DE LA LLUVIA

A José García Nieto

LLUEVE.

Sobre el ardiente suelo.

Sobre el parral

ya seco.

Sobre el vecino

limonero.

Sobre el naranjo

verdinegro.

Sobre las coles

de los huertos...

Llueve.

Y la lluvia desgarra su chal trémulo
en los troncos y ramas de los árboles,
en los hilos y postes del teléfono.

(La lluvia baila y baila,
con un vestido de irisados flecos.
Baila y baila la lluvia,
en los brazos del viento).

Ay, cómo cae el agua
en este día mágico de Enero.
Se estrella en mis cristales
con un repiqueteo

de esquilitas
de hielo;
y se derrumba sobre el barrancal
en un hinchado trueno.

Cómo cae la lluvia
en este día lírico de Enero!
Corre por las lomadas,
salta por los bancales y repechos;
y se pierde, cantando,
en las espumas del marino seno...
Oh pelota de agua
para infantiles juegos,
esfera de cristales
que te vas deshaciendo,
en un rodar de cumbre a costa,
por el plano inclinado del recuerdo.

Cómo lava la lluvia
lo sucio y polvoriento
lo gastado
y añejo.

Bajo sus manos limpias
todo surgirá luego
como recién nacido,
con resplandores nuevos.
Y cuando salga el Sol,
la algazara feliz de los chicuelos

lanzará sus barquitos de papel
en los charcos de móviles espejos.

Sobre el campo
y el pueblo,
sobre el monte y el mar,
cómo sigue lloviendo!
Con tan alegre
ritornello
que de pronto dan ganas
—desnudo y dando gritos como un rapaz travieso—
de correr y correr bajo estas lanzas,
bajo este cristalino alfiletero.

Llueves Tú mismo, llueves Tú, Señor;
llueves verdores para el año bueno.
Y en sus chozas de paja
te bendicen mil veces los labriegos.
Llueves Tú mismo, llueves Tú, Señor,
y tu alto aguacero,
un aguacero de estrellas me disuelve
la costra dura de este barro viejo...
Llueves, y el corazón,
a tu celeste riego,
inagotable y manso, se me esponja
como un cogollo tierno.
Llueves y los zarcillos
verdes de mis sarmientos
se agrandan y se enroscan

al rodrigón de tu madero,
soñando con cuajar, ávidamente,
en los racimos de tu amor eterno.

LA FLOR DE LA TREBINA

AY, la flor de la trebina
sobre el campo está luciendo,
en un nevar apacible,
luminoso, amarillento...

Ay, la flor de la trebina
sobre el campo se está abriendo,
y brilla al sol en mil chorros
de monedas de oro viejo.

Todo el campo verde sangra
con amarillos regueros;
el campo jugoso y húmedo,
el campo de terciopelo...

Ay, la flor de la trebina,
novia de este día bueno.

Yo te corté en el camino,
estrella de cinco pétalos.
Yo te clavé en mi solapa,
estrofa de cinco versos.

Y después seguí cantando

por las vueltas del sendero,
sobre la paz campesina,
bajo el azul de los cielos...

—Haz, Señor, que siempre sean
de oro mis pensamientos,
como esta flor luminosa
que sobre el campo se ha abierto.

COMO UNA AMAPOLA O UN RACIMO

TRIGALES

y viñedos.

Tierras

de Sacramento.

Sobre estas lomas cruzo

con el suave aleteo

del corazón que yerra

sobre el aire campero.

Del corazón que siente,

más que nunca, el anhelo

de latir, oh Señor, en tus trigales,

como una amapola bajo el Viento.

Trigales

y viñedos.

Tierras

de Sacramento.

Por la campiña vago

con ese dulce peso

del corazón henchido y rezumante,

empapando la esponja del terreno.

Del corazón, que aviva,

oh Señor, el deseo
de hundirse en tu lagar como un racimo,
como un racimo, en tu lagar eterno.

FUENTE FRÍA

FUENTE Fría, Fuente Fría,
a tu altura voy subiendo.

Los clavos de mis zapatos
resuenan por el sendero.
El aire —tan fino— cuaja
el hervor de mi jadeo.
A mis espaldas, el mar
mientras subo, va creciendo.
Para sorberme su azul
de cuando en cuando me vuelvo.

Fuente Fría, Fuente Fría,
a tu altura voy subiendo.

En un creciente oleaje
de fragancias me sumerjo.
El ojal de mi solapa
luce un gajo de romero.
Las verdes rachas del monte
alborotan mis cabellos.

A cada paso que doy

mi ansiedad ensancha el pecho.
Sobre mis sienes golpean
las alas del pensamiento.

Fuente Fría, Fuente Fría,
a tu altura voy subiendo.

No me importa, no me importa
la fatiga de mis miembros.
Ni la sed que me consume.
Ni las zarzas del sendero.
Que tú, allá arriba me aguardas
entre boscajes espesos;
con tu música delgada,
con tu frescor y tus juegos,
con tus luces imprevistas,
vellocino de mi esfuerzo.

Fuente Fría, Fuente Fría,
a tu altura voy subiendo.

Ha ya siglos, fuente hermana,
que busco un chorro más fresco,
más cristalino que el tuyo,
más eminente y señero.
Es un caudal misterioso,
un infinito venero.
Que apaga con su glacial
latido todos los fuegos;

que con su géiser de amor
derrite todos los hielos...
(En el divino costado
palpita su nacimiento.)
Fuente alta, Fuente azul,
a tu cima voy subiendo.

CARRETAS

A Francisco González Ferrera

PASAN, pasan lentamente,
lentamente, con su deajo,
con su deajo rechinante,
rechinante, sordo y seco,
seco y sordo, las monótonas carretas,
las monótonas carretas
que caminan hacia el véspero.

Van pasando, van pasando,
con un ritmo
que va abriendo
sus renglones
paralelos
y profundos
en el oro
polvoriento
—blando y tibio—
del sendero.

Pasan, pasan las carretas,
las carretas oscilantes como cargados veleros
de sonrisas
y destellos.

Pasan, pasan,
conduciendo
su dorado
cargamento:
todo el Sol,
todo el Sol partido en flecos!
Y entre las espinas rubias,
las amapolas de fuego
—corazones impalpables—
van latiendo.
Van cantando.

Van cantando, van cantando
un cantar joven y viejo.
Van cantando una canción
que tal vez yo solo entiendo...
Van cantando. Van cantando
las sutiles amapolas de los corpiños sangrientos.

Oh las tardas, las solemnes, las monótonas carretas
que se hunden en el véspero;
las carretas con sus varas
apuntando hacia los cielos...
Todas marchan. Y se alejan. Y se pierden
en los rizados del sendero.
Una sola se detuvo, rezagada,
una sola ante mis ojos, un momento.
Y una voz, que era la mía —toda el alma,
toda el alma, en un suspiro gigantesco—;
una voz, que era la mía,

se hizo luz en estos versos:

Oh llévame contigo,
carreta, que yo quiero
medir todas mis horas
en tu reloj tan lento.
Y dejar una huella
profunda, en el sendero.
Y elevar al azul
—firmes, agudos, rectos—,
lo mismo que tus varas,
mis pobres pensamientos.

Oh las hondas, las solemnes, las unánimes carretas
que se hunden en el véspero...

(Inspirada en estos versos, y con el mismo título, Francisco González Ferrera ha compuesto una delicada página musical que ha dado a conocer, incorporándola a su repertorio, la Orquesta de Cámara de Canarias).

ERMITA DE SAN JUAN

A V. Morales

ERMITA de San Juan, junto al camino;
la de amplia nave y la del traje austero.
Como el de tu Patrono, que envolvía
su reciedumbre en pieles de camello.

Parador de la Fe, firme atalaya
de fuertes muros y hondo basamento.
Lo mismo que el Bautista que no era
una caña movida por el viento.

Posada azul en medio de la senda;
mesón de paz que acoges al viajero...

Ha dos años, Ermita, que a ti acudo
con el vivo fervor de los romeros.
A ofrendarte el exvoto de mi alma,
moldeado en la cera de mis versos.

Ermita de San Juan, barquilla anclada
sobre la pleamar de los viñedos.
Nave de amor que en tu costado ostentas
el nombre claro del Piloto inmenso.

De aquel que fue en el mundo vela inflada,
trueno de luz, clamante en el desierto.
Del que embarcó las almas hacia Cristo,
del Precursor de un Continente Eterno...

Ya que tú como a un náufrago me acoges,
como a un doliente náufrago, en tu seno;
hazme a la mar contigo, a la mar alta,
y déjame servirte de remero...

Ermita de San Juan junto al camino,
la de amplia nave y la del traje austero.
Ermita de San Juan, firme atalaya
de fuertes muros y hondos basamentos.
Ermita de San Juan, barquilla anclada
sobre la pleamar de los viñedos.

ZARZALES

TAMBIÉN

tenéis derecho,
zarzales de las cercas del camino,
a que os loe en mis versos.
Que todo lo creado tiene una
callada voz y un símbolo secreto.
Y cómo no cantaros, si vosotros
casi siempre alfombrásteis mi sendero?
Cómo no he de alabaros si es preciso
—zarzales verdaderos—,
para hollar los capullos de la gloria,
cruzar, antes, descalzo, vuestro infierno?
Cómo no he de exaltaros, si hasta un día
os prestigió el Antiguo Testamento?
... Cuando allá, en el Horeb
—sin quemaros y ardiendo—,
sopló sobre vosotros
la honda voz del Eterno?

Cómo no amaros, pues,
si es que sabemos
que para que perdure
nuestro acento
tendrá que sublimarse

por la sangre y el fuego?

...Zarzales de las cercas,
de los barrancos y despeñaderos;
zarzales que me habláis de tantas cosas,
zarzales que enlazáis

al pensamiento

la corona de espinas
que ciñó la humildad del Nazareno.

CHOZAS

CHOZAS de la campiña,
con sus rostros risueños,
sus blancos delantales,
sus pajizos sombreros...
Chozas de los caminos
que están siempre ofreciendo
para el “home cansado,
lugar cobdiciadero”.
Mansiones humildosas
—palacios verdaderos—,
tan frescas en verano,
tan tibias, en invierno...
El alma se abandona
a vuestro acogimiento
como si reposara
en un regazo tierno.
Y se deja mecer
bajo el humilde techo
que a ella se le antoja
de fimbrias de oro viejo.

Oh chozas campesinas,
nidales de mi ensueño:
como corros de niñas,

con amor os contemplo.
Como niñas que dicen
sus romances ingenuos;
y asidas de las manos,
bajo el solar pandero,
en giros luminosos,
alaban al Dios Bueno.
Al que eligió en el mundo,
para su nacimiento
—entre un brillo de paja
y un perfume de heno—,
un recinto más pobre,
más humilde que el vuestro,
chozas de los caminos,
palacios verdaderos....

AL TEIDE

HASTA hoy, de cuántas formas
los que te aman te vieron.
Unos igual que un triángulo
o pirámide de fuego.
Otros igual que una vela
de este galeón isleño.
Otros, lo mismo que un cono.
Otros, lo mismo que un seno...
Y yo..., como un corazón,
con el vértice hacia el cielo.

MIRADOR DE GUAYONGE

MIRADOR de Guayonge,

alto derrumbadero.

Todo el acantilado se desploma
en un inmóvil y callado esfuerzo.

Balumba geológica que espera
sepultarse en un círculo dantesco.

Mas al tocar en la dormida playa,
he aquí que, de pronto, se ha resuelto
en muelle arena de irisadas conchas,
en sonrisas de mar dulce y sereno.

Tal, Señor, los leones más rugientes,
en tu redil, se truecan en corderos.

CORPUS

CORPUS Christi.

Cuerpo
de cristal
y de fuego.
Búcaro de amapolas.
Haz de espigas, ardiendo.
Alfombra de fragancias
sobre la Voz del Viento.
Pan redondo
y supremo.
Arco
tenso
con su flecha de luz,
clavada en el Misterio.
Sol radiante, de harina,
y racimo sangriento.
Cáliz donde se escancia
todo el azul del Cielo.
Corpus Christi
Horno de amor eterno.



...el Santuario, la Plaza, ...

LAS FIESTAS DEL CRISTO

OH qué fiesta de luces
sobre el campo y el pueblo.
En incesante hervor,
en creciente abejeo,
desde lejanos puntos,
afluyen los romeros.
Y el Santuario, la Plaza,
las calles, los paseos,
revientan de fervores
en este día espléndido...
Y en Tu honor, los exvotos,
cirios y pebeteros;
las brazadas de flores,
los frutales de incendio,
las rodillas sangrantes,
los cánticos y rezos.
Y en tu honor, Cristo mío,
yo también, de muy lejos,
—de las simas profundas
de mi propio destierro—;
yo también, onda amarga
entre el gentío inmenso...;
con renovada fiebre
de amores a Ti vengo,

a ofrendarte el humilde
manejo de mis versos.
Oh qué fiesta de júbilos
sobre el campo y el pueblo.
La flor de los cohetes
se abre con estruendo,
y sus estambres de oro
estallan en aplausos pirotécnicos;
esparcen las campanas sus temblores
—azucenas metálicas del viento—;
y Tú sales, oh Cristo, del Santuario.
Magnífico, sereno.
Abrazado a tu Cruz.
Tal una hermosa estampa de Durero...
Por un río de luces,
navegas en barcaza de hombros recios.
La trémula corriente, a tus espaldas,
va creciendo y creciendo.
Y delante de Ti —tambor y flauta,
cambiante rueda y eje pintoresco,
carrousel de colores y de ritmos—,
trenza “la danza” su ágil arabesco.
También, en torno tuyo,
columna viva y mástil verdadero;
también en torno tuyo,
y atados con la cinta de mis versos,
también, en torno tuyo, Cristo mío,
giran mis pensamientos.
Oh qué fiesta de ritmos en el aire.
Oh qué fiesta de llamas en mi pecho.

MI COLOR Y MI MUSICA

YA nada más que para Ti
los quiero.
Mi color y mi música,
oh Cristo.
Mi bandera y mi verso.

El color y la música
que Tú me has ido ungiendo
de claridad
y sentimiento.

(La exacta sinfonía.
El color verdadero.)

Cuántas fatigas, oh Señor, me cuesta
fundirla con el canto del celeste jilguero
que se posa en tu Cruz
con un trinar eterno;
amasarlo en tu pan
luminoso y sangriento.

Mi color y mi música
ya nada más que para Ti los quiero.
Mi color y mi música, oh Cristo.
Mi bandera y mi verso.

EN TODAS PARTES

EN todas partes

—ya—,

Te encuentro.

Por todos lados

—ya—,

Te veo.

En la paz del hogar

y en el combate callejero.

En la alegría de los niños

y en la tristeza de los viejos.

Por todas partes —ya—, Te busco.

En todos sitios —ya—, Te encuentro.

En el urbano

estrépito

y el campestre

silencio.

En los rosales

opulentos

y en los cardones

esqueléticos.

En el fulgor del mediodía

y en el nocturno parpadeo.

En el aire y la tierra,
en el agua y el fuego.

Por todos lados me acompañas,
en todos sitios —ya—, Te encuentro.
Alientas mis trabajos,
vigilas mis paseos.
Te sientas a mi mesa
y custodias mis sueños.

Por todas partes —ya—
Te veo.
En todos sitios —ya—
Te encuentro.

CANCION DE ARTESANIA

OH, no le sumes nada,
déjalo así, perfecto.
Déjalo así, clavado
sobre el ala del tiempo.
Sin saber ni qué oscuros,
iluminados dedos
crearon su armonía,
su florecer eterno.
Sé, no obstante, el humilde
y tenaz jardinero.
Pero no inventes rosas,
ni estrenes otros cielos.
Sé tú, sé tú tan solo,
que sigues repitiendo,
la canción inicial,
la aurora del buen verso.

Sí, repite esa estrofa —tu pan de cada día—,
con el mismo fervor que el Padre Nuestro.

MOTIVOS FINALES

1)

ESTE libro, Señor,
yo quise componerlo
sin galas de retórica,
sin vanos ornamentos.
Sencillamente humano,
humanamente bueno...
Y que hacia a Ti fluyera
por un cauce sereno,
como un tranquilo chorro
de mis hondos veneros.

2)

Este libro, Señor,
quería yo ofrecértelo
como un latir recóndito,
inapresable, quieto...
Como el cantar del agua, tan humilde,
que hasta ignora su acento.

3)

...Como un árbol desnudo,
bajo el hacha del Viento...

4)

Agua y árbol no más, eso quería
en el paisaje de mi libro abierto.
Una agua casi inmóvil,
en minas de silencio;
y un árbol, sólo tronco de firmeza,
y profunda raíz de sentimiento.

5)

Ay, que el agua, de súbito, rizaba
sus cristales más tersos.
Y el árbol se poblaba
de esferas y luceros...
La imagen me acechaba, sigilosa,
oculta en cada vuelta del sendero.
Y, bajo sus fulgores,
—indefenso—
me dejaba llevar, casi en volandas,
por los abismos del paisaje inmenso.

Y la imagen no es mala; Tú lo sabes,
oh Divino Maestro.
Tú que en cada parábola, metáfora
en acción, te derramas todo entero.
Oh la imagen no es mala..., mas, a veces,
salta sobre un espejo
de múltiples cristales,

de innúmeros reflejos...
Transformista y funámbula,
dando rebotes sobre todos ellos,
en el postrer impulso, se le escapan
los latidos reales de lo auténtico.
Y entonces, sin pensar, nos abandona
en un paraje penumbroso, incierto...

6)

...Sobre su ágil trampolín nos hace
caer a veces donde no queremos...

7)

Oh la imagen, la imagen.
Tú bien sabes, Señor, como la temo.
Porque detrás de la Unidad, sus alas
sin cesar está abriendo;
sus alas multiformes donde acecha
la sorda tentación de lo diverso.

8)

En sus profundos ojos
late un hondo misterio.
Y el pecado se enrosca, tal un áspid,
oculto entre las flores de su seno...

9)

Oh la imagen, la imagen.
Mi dicha y mi tormento.

10)

Oh esa activa sirena
del silencio.
Cuántas veces con ella me he perdido
sobre cualquier recodo de mis versos.
Igual que una amazona ha fatigado
el potro de mis sueños.
Y este mismo
cuaderno
ha ido, cada día,
—lentamente— surgiendo,
bajo el constante y peligroso aroma
de su rosal inédito.

11)

...Acéptalo, Señor, como ha brotado
de mi jardín interno;
que él, al fin, te señala la medida
humilde de mi esfuerzo.
Acéptalo, Señor, que como un fruto
en sazón, te lo ofrezco.
Y si en la pulpa, acaso, aún descubres

las estigmas pretéritos...
arrójala, Señor, y acoge sólo
su palpitar hermético.
Que la piel es la forma, y el color,
y el sabor y el aroma... pero dentro
se incuban los gusanos;
y en el hueso,
en el hueso, Señor,
está siempre
latiendo
el ritmo regresivo, la semilla
inmortal de tu Verso.

EPÍLOGO

Creemos que el mejor epílogo a *Cristo de Tacoronte* es el poema *Él me encontró en la calle*, publicado por nuestro poeta en la revista *Mensaje*, del Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife, en el número 16, correspondiente al segundo trimestre de 1946.

Esta composición, una de las más intensas escritas por Gutiérrez Albelo, es —como escribiera en su día Domingo Pérez Minik— “punto clave de conciliación” entre las formas libérrimas de su poesía de anteguerra y el sentimiento religioso que luego le conmovió y que produjo como frutos, entre otros, este libro singular: *Cristo de Tacoronte*.

ÉL ME ENCONTRÓ EN LA CALLE

SÍ, lo veo brillar en vuestros ojos
como bolas de fuego
que en impaciente catapulta
quisieran taladrarme, derretirme
sobre el tablado de la farsa.
Sí, en los ojos cobardes que rebotan
sobre mí y se deshacen
en sucios goterones de fracaso.
Me lo pedís, me lo pedís a gritos,
que aunque no estallen en la boca suenan
igual que un subterráneo clamor,
o un torrente que aúlla entre montañas.
Me lo imploráis, me lo exigís bramando
como bestias heridas.
Quisiérais, sí, quisiérais
evitar ese dardo,
que zumba sin remedio,
que se acerca implacable,
que lo sentís ya casi en vuestra carne.
En vano refrenáis ese latido
que en vuestras sienes canta, que os convoca,
que aunque imitéis a Ulises, os golpea
como el picapedrero del insomnio.
Pobres esquirlas, la Verdad os busca,
y huis, huis, que Dios está a la vista.

Os compadezco tanto que ahora mismo
voy a sacarme el corazón del pecho
y a desdoblar sus pliegues más ocultos.
Tomadlo, sí, os lo entrego como un paño de lágrimas.
Enjugad, enjugad vuestro dolor,
ese dolor sin fondo del vacío.
Enjugad esa angustia,
la de ese No terrible
que queréis descargar como un mandoble
y que a vosotros mismos os deshace.
Pero no me arrastréis a vuestra sima,
no me pidáis en gritos silenciosos
que le vuelva a negar,
a Él que me ha sacado
de la primera Nada y la segunda...
Oíd, mirad: Él me encontró en la calle,
descalzo, sucio, roto y aterido...
Y me ofreció su albergue
—qué paz más honda y limpia—.
Y deshelo mis miembros
con su brasero astral, en donde Él arde.
Y restañó mi sangre con sus manos.
Y me limpió de podre para siempre.
Y me vistió con este traje nuevo
que ahora me veis lucir, no sin envidia...
Oh, no sabéis, oh, no sabéis —aún—
que cuando se le encuentra
ni Él puede abandonarnos,
ni se le puede abandonar ya nunca.

ÍNDICE

Nota preliminar	9
Glosa de un libro que no envejece	13
CRISTO DE TACORONTE (Tercera edición)	
<i>Prólogo en tres tiempos</i>	17
Solo	19
La vid estaba cantando	21
Romance de la Nochebuena del alma.....	23
<i>Cristo de Tacoronte</i>	27
Plegaria	29
Yo venía de lejos.....	31
Variaciones sobre el mismo tema.....	33
Ay cómo caen.....	39
La verde sinfonía.....	41
Cañaverales de Aguagarcía	45
Camino nuevo	47
Motivos de la niebla.....	49
Calvario de Tacoronte	51
Hoy, como nunca	55
Tarde en el Cementerio.....	57
Hunde el arado de tu Cruz.....	63
Si algún día tuviera	65
Ermita de San Jerónimo.....	69
Árbol.....	71
En esta oculta labor	73
Cardos.....	75
Jueves Santo.....	77
Ay cómo cantan.....	79
Tarde en el Prix	81
En esta tibia noche	83
Motivos de la lluvia.....	87

La flor de la trebina	91
Como una amapola o un racimo	93
Fuente Fría.....	95
Carretas.....	99
Ermita de San Juan.....	103
Zarzales.....	105
Chozas	107
Al Teide.....	109
Mirador de Guayonge	111
Corpus	113
Las fiestas del Cristo	115
Mi color y mi música.....	117
En todas partes	119
Canción de artesanía	121
Motivos finales.....	123
<i>Epílogo</i>	131
Él me encontró en la calle.....	135

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de **ARTEGRAF**
en Madrid, el día 26 de junio de 1995,
festividad de San Pelayo,
en papel offset de 100 grs.
y cubierta en cartulina de 275 grs.*

LIBROS PUBLICADOS EN VIDA

Campanario de la Primavera (1930)

Romanticismo y cuenta nueva (1933)

Enigma del invitado (1936)

Cristo de Tacoronte (1ª edición 1944, 2ª ed. 1947)

Los blancos pies en tierra (1951)

Los Milagros (1959)

Geocanción de España (1964)

Apuntes para una vida de Cristo (1969)

LIBROS PÓSTUMOS

Poesía última (1970)

El rincón de la amistad (1971)

Tenerife y el mar (1973)

Las alas del tiempo (1974)

ANTOLOGÍAS DE SU OBRA

Antología poética (1969). Selección hecha por el propio autor, que vio la luz un mes después de su muerte, con una introducción de Dámaso Santos.

Versos escogidos (1995). Selección realizada por Sebastián de la Nuez Caballero, Miguel Melián García y Miguel Ángel Hernández González, con introducción de Miguel Melián García.

Qué libro tan completo. Es ante todo el libro de su amor, de su último amor. En el sentido de total. Y en él realiza usted el prodigio de cantar las lumbres de su corazón, mientras nos hace presentes en paisaje, la tierra, la realidad sobre la que el hombre vive y desde la que ama a la Divinidad... y así su libro, que es un libro de amor, es un libro canario, viene a ser la expresión de esta tierra y usted pasa a ser el cantor isleño que más alma nos da del país de su nacimiento. Desde el barroquismo modernista de Tomás Morales, creo que usted es el poeta que más merece el título de cantor isleño.

VICENTE ALEIXANDRE: *Carta al poeta* (2-12-1947).



Cristo de Tacoronte es un libro que con el paso de los años no envejece. Libro vernáculo de raíz a fronda, de subsuelo a atmósfera. Encierra, además, el más rico romancero íntegramente tinerfeño de que podemos ufanarnos: ni uno solo de sus cuarenta poemas deia de inspirarse en su isla natal y, más circunscritamente, en el

FELIX CASANOVA DE AYALA: *Resumen*

CRISTO DE TACORONTE. POEMAS... onte.

1976.



CABILDO DE TENERIFE



0055 LEMUS
06 Nov 95
00000D

84-7985-037-X

POESIA CANARIA

AYUNTAMIENTO
DE TACORONTE